

otra muy distinta es escribir poesía. Entonces no, no recomiendo leer este libro, sobre todo si a uno le gusta la poesía. No vale la pena. Está bien por Verano Brisas que siga ejercitando su arte, pero en tiempos tan ocupados como los nuestros, no le gastaría ojos, perdonen lo prosaico, a un libro como el suyo.

En cuanto a los *Trece cuentos no peregrinos*, bueno, no creo que necesariamente vayan a ocupar un primer lugar, ni ahora ni nunca, en la historia de la narrativa antioqueña. Es un libro como muchos otros: ni muy bueno ni muy malo, ni muy entretenido ni muy aburrido. Pero tampoco es novedoso. Más bien forma parte de lo que me atrevo a llamar el neocostumbrismo paisa (¡y nacional!) que no sólo observamos en la literatura sino también en las artes cinematográficas colombianas. Aquí no me estoy refiriendo a grandes naturalistas como Víctor Gaviria que en su obra ha logrado plasmar de manera reveladora la forma de ser paisa, y tampoco a escritores como Fernando Vallejo que, por lo menos en su obra *La virgen de los sicarios*, alcanza conmovedoras penetraciones en ese mundo tan de Medellín y a la vez tan universal que es el del amor y el odio entremezclados. No, aquí de lo que estoy hablando, cuando digo neocostumbrismo, es de cosas como *Sin tetas no hay paraíso*, un libro que nunca leí, pero una telenovela que me pareció divertida, pese a lo siniestro del tema, porque muestra los usos y costumbres regionales de una manera que es chistosa. Dentro de este neocostumbrismo hay grandes logros. Por ejemplo, *País paisa* del Águila Descalza, cuando la vi en su momento, en vivo, me hizo sacar lágrimas de la risa, y cuando hace poco la volví a ver en DVD me siguió pareciendo una obra maestra de humor inteligente y costumbrista. Leyendo los *Trece cuentos no peregrinos* de Javier Gil Gallego llegué a pensar que algunos de ellos podrían servir como base para libretos del Águila Descalza, pero cuando recordé la fluidez con la que Carlos Mario Aguirre logra entrar y salir de sus

delirios, pensé: “Deje así, no sea que se me haga caso y la próxima vez que vea al Águila Descalza tenga que salirme del teatro porque la calidad de la obra ha descendido”.

No me complazco en ser dura con escritores que sé que con mucho esfuerzo logran publicar su obra, muchas veces sacando dinero de su propio bolsillo y, en la mayoría de los casos, con la sana intención de que su obra se conozca, sea reseñada, sea discutida y permita que este noble empeño de las letras siga existiendo como arte y, por qué no, como forma de ganarse la vida. En ese sentido, quiero terminar esta reseña con un dicho popular: entre gustos no hay disgustos, y si bien recomendé no perder tiempo leyendo *Simón de amor* ahora me retracto. ¡Prueben ustedes con sus propios ojos!

MÍRIAM COTES BENÍTEZ



Uno entre veinte: así es

Cuadernos de Renata. Antología

2006-2007

Varios autores

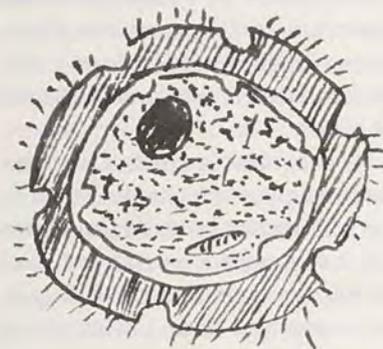
Icono Editorial, Bogotá, 2008,

120 págs.

Presentado como selección antológica, el libro contiene una muestra experimental de los talleres de creación literaria adscritos a la Red Nacional Académica de Tecnología Avanzada (RENATA), organizada por Mincultura con el propósito de unificar grupos muy diferentes patrocinados, no por el Ministerio, sino por diversas entidades de distinto origen en nueve ciudades y la isla de Providencia, y orientarlos con el criterio de los funcionarios oficiales mediante ayudas de estímulo como esta primera publicación. Unificarlos, porque el Ministerio prepara manuales para dirigir los talleres, y orientarlos porque toda organización es de control. En la página de créditos se des-

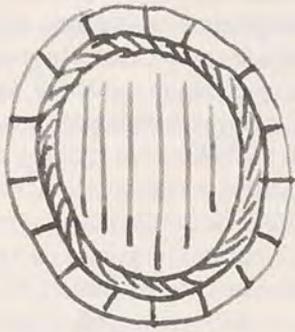
taca la prohibición de reproducir total o parcialmente alguno de los títulos mediante cualquier sistema, aunque la edición se presume corta. Si prohíben la reproducción, ¿qué ayuda es ésa para principiantes?

Como principiantes, todos siguen la risible costumbre nacional —posiblemente a solicitud del editor— de anteponer a sus páginas su hoja de vida lo más completa posible (como para alguna solicitud de trabajo), incluyendo su lista de premios, títulos recibidos o por recibir, y obras por escribir. A continuación, un texto indigno de tan aventajada trayectoria. Imprimir ejercicios de aprendizaje es un excelente estímulo para niños y adolescentes, que conservarán ejemplares hasta su vejez; pero los talleres para adultos (de lectura o de escritores) deben ser serios. Inducir sólo la publicación de obras con categoría profesional. La edición de escritos provisionales con carácter paternalista desacredita los talleres reduciéndolos a pasatiempo, o entretenimiento de chiflados. La literatura también puede convertirse en vicio, o en manía.



Diferenciar entre escritor y poeta es una extraña clasificación. Muchos autores producen indistintamente prosa o poesía. La prosa necesita el auxilio de la poesía, como la poesía el de la prosa. Es más: desde la muerte del verso la poesía se escribe en prosa. En el libro de Renata no hay un poema, y sin embargo la poesía vive más en la provincia con sus medianos vates que en la culta capital política donde los consagrados se disputan a codazos la gloria que creen merecer.

Dar a la imprenta los primeros esbozos de un aficionado no constituye estímulo real. El escritor en ciernes pronto se arrepiente y se compadecerá de sus generosos cuanto cándidos amigos que le dieron el empujoncito a la vergüenza pública.



Ofrece la antología cuentos, relatos y crónicas de breve extensión (3,6 páginas en promedio), basados en memorias, leyendas y experiencias individuales de narradores que aún no logran salir de sí mismos, atrapados en el mundo familiar. Como si la puntuación no hiciera parte de la gramática, su descuido es notorio mas no sorprendente, pues el arte de la puntuación ha desaparecido con la escritura casi por completo. El lenguaje rústico de dignatarios y dirigentes indica su escasa relación con los libros.

Se pregunta la prensa por enésima vez, para la fecha de esta nota, si la sombra de García Márquez perjudica a los nuevos escritores colombianos. A los mediocres, sí. A quienes creen que estar informado es enterarse de las últimas noticias de la farándula, que tanto dinero mueve, tanta frivolidad y vanidad esparce, y tanto rebaja de categoría a la vida que en el periódico la sección de cultura se confunde con ocio y entretenimiento.

La coordinadora resalta nueve mujeres entre los veinte autores seleccionados, augurando que “dentro de muy poco en Colombia podremos ver un equilibrio en la participación femenina en la literatura”. Ese equilibrio no lo ha tenido ningún país, pero Colombia lo va a tener con ayuda de Renata. En el taller de poesía

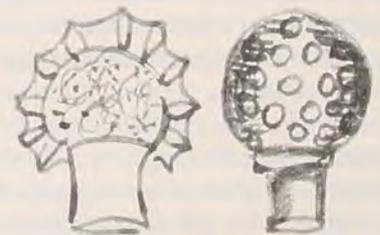
del Banco de la República y la Biblioteca Piloto de Medellín las únicas mujeres sobresalientes por sus textos durante veinticuatro años han sido todas extranjeras. Ninguna colombiana. El horizonte de las colombianas resulta muy limitado. Esqueletos amorosos y afectos familiares son los temas predominantes.

No se espera de los talleres literarios obra maestra, por lo cual sus publicaciones suelen ser miradas con desdén como primicias de diletante. Prejuicio que se justifica en parte por la generalidad de los resultados, y originado en el término *taller*, con sus consabidos, obligados y ridículos *Programa, Metodología y Objetivos*, como si se tratara de productos de fábrica. Cuántos poetas y escritores me puede fabricar usted. Así como antiguamente existieron los talleres de obras maestras, o como en los actuales talleres de artes se producen obras ejemplares, algunos escritores después de un periodo de formación permanecen en los talleres para mantener relación con otros escritores, lo cual es necesario en busca de perfección, porque el solitario se anula en el aislamiento. Siete libros de importancia en su género (poesía, cuento y crónica), publicados durante el 2008 por integrantes del taller del Banco de la República mencionado en esta nota, lo acreditan (sin modestia) como taller de obras maestras.

Entre los elegidos se destaca en primer término un excelente relato de fundamento histórico, convertido en leyenda, que denota a un escritor en posesión de los recursos necesarios para encantar con maestría en temas de importancia. Su autor (Maicao, 1967), fue asistente durante varios años al taller de poesía del Banco de la República y la Biblioteca Piloto en Medellín. Se titula *Exiliado en tierra*, por Emmanuel Pichón (no Emmanuel, como figura en el libro).

Otro cuento merece mención de destaque por el tema, aunque falta la pericia del escritor en varios aspectos. Se titula *El de la 305*, no lejos del 204 de Álvaro Mutis. Su autor es Raúl Tomás Torres Marín

(Venezuela, 1966), residente en Bogotá. La atmósfera de sofocación concuerda con la obra asfixiante de Mutis, y el relato tiene concomitancias con *Cita en Bergen*. Pese a los defectos literarios formales (que no cabe analizar en esta nota), la narración tiene seguridad y vigor, y es el segundo texto del cual queda memoria tras la lectura del libro. Todo lo demás se borra en la opacidad intrascendente. *Mordiéndolo una mariposa* es una fabulación confusa, de mal sabor. *Los santos restos*, anodino truco de sólo siete líneas. En *Etimasía* (o etimasía, motivo simbólico de la preparación del trono para el retorno de Cristo), el título nada tiene que ver con la historia, carente de credibilidad (el peor defecto de la narrativa). El empleo de un vocablo erudito para llamar la atención es recurso pobre de asombro ante la enciclopedia. En síntesis, casi todos los relatos están escritos en la vieja técnica del narrador omnisciente y en la primera persona del autor, particularidades comunes a quienes se inician en el arte de escribir.



Las nueve localidades son Armenia, Bogotá, Bucaramanga, Cali, Florencia (Caquetá), Ibagué, Medellín, Providencia (Isla) y Riohacha. Los autores (nombres o seudónimos) componen el siguiente índice: Ricardo Arias P., Hugo Fernando Bahamón Gómez, Fernando Bedoya Londoño, Anni Chapman (nacida en Nueva Zelanda, residente en Providencia), Concepción González Holguín, Victoria Hurtado, Sandra Leal L., Katherine León Zuluaga, Katty León Zuluaga, Mónica Alexandra Llano Núñez, W. Germán López Velandia, Adriana Judith Mora Pacheco, Luis Fernando Ocampo Gómez, Emmanuel Pichón Mora (no Emma-

nuel), Eduardo Posada Hurtado, Mauricio Romero, Gloria Ismenia Suárez Navarrete, Raúl Tomás Torres Marín, Andrés Vásquez y Giovanna Vinasco Cabrera.

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR

El mundo de los niños

El soldado de cuerda

Lucía Victoria Torres
Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 2005, 159 págs.

El soldado de cuerda es el segundo libro de Lucía Victoria Torres; en su primero, también de cuentos, titulado *El amor no es una rosa* (1986) revelaba, a través de un estilo sobrio y modesto, un microcosmos de historias sugestivas; el cruce entre la inocencia de la infancia y la frialdad adulta. Los protagonistas de los seis cuentos que componen ese libro son mujeres y niñas que se enfrentan a un ambiente de tedio, restricciones y ausencia de comunicación desde la soledad de sus vestidos, muñecas y pensamientos. Este universo es retomado después de casi veinte años, en los nueve cuentos que componen *El soldado de cuerda*.

Esos cuentos convergen en dos características: los protagonistas son niños en su mayoría y la temática gira en torno a situaciones dolorosas y ambivalentes. Viéndolos en conjunto parecen conformar una sola historia dividida en fragmentos; como las historias de un mismo barrio contadas por los niños que lo habitan. Esta unidad se anticipa en *El amor no es una rosa*, pues en los cuentos la protagonista es Anabel. En ese volumen, la niña aparece en los cuentos *Las trinas* (publicado también ahora en *El soldado de cuerda*), *Desvelos* y *El día de la immaculada*. En *El soldado de cuerda*, Anabel reaparece en *Un paseo noc-*

turno, *Cosas de niñas* y *El encuentro*. La mayoría de las historias tienen una extensión breve y están encabezadas por una pequeña imagen alusiva a la historia.

En los cuentos donde aparece Anabel, reaparecen también personajes y situaciones de ese entorno que la autora empezó a construir en 1986; es así como junto a Anabel figuran sus hermanas mayores: Juliana y Nancy, la mamá, el primo Ignacio y las tías. En todos los cuentos de esta serie, y en otros, la presencia de los padres se construye como una ausencia y un abandono —éstos sólo aparecen en vacaciones, temporadas cortas, visitas—. Mientras que el mundo de las tías y primos, de la espera y del ensimismamiento domina la mayoría de las historias. Los cuentos en general combinan dos puntos de vista, el de los niños cuya comprensión del ambiente está más limitada por la inocencia y la sumisión, y el de una voz narrativa que aunque menos ingenua, toma partido más hacia el universo infantil que hacia el de los adultos. El lenguaje es sencillo y en ocasiones coloquial. Todas las historias se desarrollan en espacios pequeños —barrios y casas de clima cálido— y en tiempos cortos.



En el cuento *Un paseo nocturno*, los protagonistas son Anabel, de cinco años, y su primo Ignacio de seis, quien también aparece en *Las Trinas*. Los dos niños se escapan una noche de la mirada vigilante de los adultos y se internan en una construcción nueva cercana a la casa. El

celador de la construcción se ofrece de guía, debido a la falta de luz y acompaña a los niños con su linterna. La curiosidad y la fascinación por lo prohibido traen consecuencias funestas para Anabel, pues mientras Ignacio se entretiene con una rana, el celador abusa de la niña. El abuso es narrado sin eufemismos y se trata, sin duda, de la escena más cruel y atípica de todo el volumen. La drástica pérdida de la inocencia contrasta con el tono amable de los demás relatos de la serie.

En *Cosas de niñas*, por ejemplo, Anabel sufre los tormentos propios de una infancia que le pertenece más a su mamá que a ella. Se trata de uno de los temas recurrentes en los cuentos de Lucía Victoria Torres. La figura autoritaria está encarnada en la madre, es ella quien define los cómo y los porqué. La mamá de Anabel quiere cortarle el pelo, pero ésta lo quiere largo como las demás niñas. La autoridad de la mamá se impone sobre cualquier argumento y, finalmente, le cortan el pelo. La reflexión final del cuento da una clara idea de las diferencias entre adultos y niños, de la imposibilidad de comunicación.

El cuento *Las Trinas* —que aparece con modificaciones en este volumen— trata una historia de suspenso, en donde la voz infantil sostiene toda la narración. A través de los ojos de la protagonista conocemos a las Trinas, cinco niñas a las cuales la madre mantiene encerradas en casa, y cuya única posibilidad de contacto con el exterior es una ventana. Anabel se obsesiona con ellas, desea conocer la casa y todos los secretos que al parecer la habitan, por lo que inicia una campaña para lograr que le permitan jugar con la menor de las niñas. Finalmente, convence a su tía. Al entrar a la casa lo que más la atemoriza es el extraño olor que la inunda, además de unos misteriosos sonidos. Decide, entonces, no volver nunca a esa casa y alejarse para siempre de las Trinas. Poco tiempo después se entera que el papá de ellas, de las que se creía eran huérfanas, ha muerto de tuberculosis. Comprende que el